

“Pasión en la selva”... ¿pero dónde está la selva?

Se nos había dicho que esta película era tan maleja, que nos sentimos inmediatamente tentados de ir a verla todos tres. Hay críticas negativas así, que redundan en positivo beneficio. Díganlo si no los entradones fenomenales que está dando “Tribu” después de haberse publicado la opinión de “CINE – ACTUALIDAD” Es que el público tiene aún justificadísima gana de divertirse...

No se que pensarán de “Pasión en la selva” mis compañeros de redacción, pues uno durmió durante la primera mitad de la película y el otro se entregó a Morfeo (de quien cabe aclarar de una vez por todas que no es el dios de los víveres, sino el del sueño) durante la mitad del final. Pero no sean ustedes suspicaces. Al día siguiente aparecía el segundo número de nuestra revista y esa noche los muchachos andaban perdiendo los botines por la calle de puro cansancio.

Y ahora pasemos de los entretelones domésticos a los telones de cartón empleados por Stuart Walker para esta producción, que quiere pintar la influencia climatérica de la jungla sobre las pasiones de una dama rubia con pasado castaño oscuro; su marido, de torcidísimas intenciones; un galán proscripto de los centros civilizados, aunque nobilísimo y caballerísimo, y un guapo que cree que todo es soplar y hacer botellas, vale decir, arrimarse a la dama para que arda Troya. Hasta que llega el momento en que la dama y el galán se aprestan a huir, el marido se entretiene matando a uno o a dos de sus subordinados; y cuando llegan, los indígenas sublevados le estropean la “kermesse”, que el buen señor iba a hacerse, suprimiéndolo de este mundo conjuntamente con el guapo, que sobraba desde un principio en el argumento.

La “influencia climatérica” buscada no se encuentra por ninguna parte. Es que Hollywood ha hecho milagros, pero lograr que una selva de cartón desate pasiones, provoque asesinatos y despierte tiernos amores ya se hubiera pasado de tal.

El principal motivo de interés de esta cinta estaba, pues, en la posibilidad de que Charles Laughton, compusiera en ella, no en el habitual villano de mala entraña, sino un individuo humano en que la perversión y la normalidad anduvieran a medio camino. Al argumentista no se le ocurrió tan luminosa idea, por una parte; y por la otra el director Stuart Walker no era quien para haberle faltado en esa forma el respeto a los cañones. Así que si este Prin de Charles Laughton – anterior a su Nerón y su Enrique VIII en la cronología de sus creaciones cinematográficas – tiene algún rasgo nuevo, debe atribuirse éste únicamente a la personalidad del interprete. Desmedido; brutalmente brusco en la transición de matices: viscoso y repugnante en algunos detalles que fijan la conformación psicológica del tipo (...) endrógino en algunos momentos y actitudes, el personaje no es el personaje sino el actor, que da a todas sus interpretaciones, algunas de ellas estupendas, un contorno turbio y una desviación psíquica notoria.

No tenía todo el control ni estaba en la afirmación de ahora Charles Laughton en esta película, en que Carole Lombard sigue, según una gráfica expresión de un espectador, (1) “rompiéndose toda” por acomodarse a la perspectiva dramática de las películas en que interviene, sin conseguir, como actriz, hacer otra cosa que el ridículo. Que como mujer ya es giro cantar. Y para prueba ahí está este “blues” inicial, con broncos acentos negros prestados de Ethel Waters; momento de esta “Pasión y muerte” con 0,01 de pasión y 0,00 de muerte en que la atrevidísima Carole consigue inquietar de veras a sus espectadores.